

Prácticas de curanderismo, supersticiones y supercherías en la Comarca de La Hoya de Huesca.

Pedro Lafuente Pardina

Por supuesto que comentar estos temas por un cuasi profano y en el Alto Aragón, donde tenemos verdaderos especialistas en la materia, es casi un atrevimiento. Pero pienso que tal vez por su poca trascendencia, o tal vez porque no llegan a la práctica de la brujería, sino como tradición, superstición o superchería, no ha sido, por lo menos alguna de ellas, recogida por los tratadistas. Así que voy a intentar, de una manera somera, dejar constancia de estos usos y costumbres. Por su sencillez, rayan a veces en el chascarrillo y en algunos casos en la picaresca.

Vaya por delante que no contamos con detalle escrito fidedigno y sólo con la tradición oral y recontamientos recogidos allí y acullá.

Vamos primero con esa especie de curanderismo o medicina casera. Tomemos como ejemplo y para los males de garganta, la devoción a San Blas, donde se mezclan la devoción y el curanderismo. En devoción la clásica bendición de dobladillos, golosinas y sobre todo chocolate. Sobre todo éste último por su mejor conservación para ser guardado por las dueñas de casa y ser usado en el momento oportuno. Ya se sabe del horror que en siglos pasados se ha tenido a la temida difteria en todo el Alto Aragón. No hay que olvidar los estragos que esta enfermedad hacía, hasta bien avanzado este siglo, en todos los lugares del Somontano y que diezaba las proles de nuestras familias. Hasta el punto que la Romería de Nuestra Señora del Viñedo, a la que concurrían y concurren todos los pueblos del Abadiado de Montearagón, está fundamentada en la acción de gracias que en el año 1101 se inició bajo el patrocinio del Abad Ximeno y que ha continuado hasta nues

tros días.

Claro que, junto a estas prácticas devocionales, estaba la so-corrida media de lana casera rellena de salvado de trigo caliente que aún alguno de nosotros hemos llevado rollada a la garganta, cuando en el invierno hacían su aparición las molestas anginas.

Sigue la advocación a San Blas, incluso en aquellos amorosos golpecitos en las espaldas de los niños lactantes mientras la madre invocaba: "San Blas, San Blas... que este niño no se escañe más".

Siguiendo con los niños, recogemos también la costumbre de curar las lombrices intestinales con la famosa "sal de lombrices", que les provocaba tremendas diarreas y ¡claro!, dejaban limpios de cualquier cosa los bajos. Este verdadero martirio "de las lombrices", en Huesca capital, se veía acrecentado por el "regaliz de palo" recogido en los aledaños de la Ermita de Nuestra Señora de Salas y que por las cercanías a la acequia negra y lo porcino de su entorno, daba pie a una mayor difusión del parásito.

Y era uso común entre las madres preparar una "cala" de "penca" de acelga impregnada en miel que, después de ponerse a su pequeño en el alda y bajarle los calzones o las bragas, introducían en el ano del paciente y ante tal reclamo acudían las lombrices a las inmediaciones del esfínter, donde la madre con un hábil movimiento del dedo índice y con la punta de su uña las sacaba al exterior.

Esta misma operación de la "cala" verificaban las madres cuando el crío tenía "Femerón", es decir, retención de heces. Utilizando esta vez una más larga de trocho de col untada con aceite de oliva. Esta lubricaba las partes más altas y hacía "esbotar" al paciente.

Y ya que estamos tratando del "hemisferio sur" en personas y animales, puedo añadir que el uso de la "cala" se extendió a la picaresca de las ferias.

Sobre todo los chalanes de poca monta y los gitanos la utilizaban cuando tenían para vender algún burro o mula, cargados de años y de cansancio. Minutos antes de sacarlos al ferial utilizaban este predecesor del supositorio. Claro está que en aquella ocasión era... simplemente un pimiento picante, es decir, una guindilla o coral previamente pelado que hacía que la bestia se desasosegase hasta hacerla ágil y templada y así poder dar el "camelo" mostrando el animal una fogosidad que estaba muy lejos de poseer. Tal es así

que aún perdura entre nosotros la frase: "está mas aventau que si llevara una guindilla en o culo".

Una superstición muy extendida en las matacías del cerdo o "matapuerco" era la realizada por el matachín, que después de abrir en canal sacaba del esternón del animal la pizca llamada "la almeta de o tocino", que lanzaba hasta el cielo raso del patio donde sacrificaba. Si esta pizca quedaba pegada en el techo el cerdo era bueno y se mantendría sin quera en los pernils. Si no llegaba a adherirse, algo marcharía mal en su conservación, porque "la almeta" estaba en pena.

Vamos a dejar de lado la habilidad de los curanderos semiprofesionales para colocar en su sitio huesos y reducir torceduras. Es del dominio de todos. Su práctica les hace conocer, casi instintivamente el interior del cuerpo humano. Antes de conocerse los "escayolados" ellos ya practicaban el "empilmau", es decir, el inmovilizar la parte afectada con un tejido de cañas y venda de lino pintada con pez virgen caliente. Práctica aún utilizada para curar las patas rotas de las ovejas.

También es digno de mención el hábil manejo de los masajes y los clásicos estirones para volver a su estado normal músculos distorsionados o ligamentos "acaballaus".

Se practicaba la medicina casera a base de hierbas, muchas de ellas aún de uso común en las casas: la camomila o manzanilla para trastornos estomacales, o para volver el pelo rubio; la tila para los diérgustos; la novena de días con la toma en ayunas del cocimiento de hojas de olivera a fin de bajar la tensión; las cataplasmas de linaza, o las de antiflogestina, para pulmonías; las ventosas con un vaso; la flor de sauco, las chordigas en cocimiento para las enfermedades venéreas; el anís de pepino o de guindas para el dolor de tripas; el aceite tomado en ayunas para los cólicos renales. Y así un largo etcétera en el que creemos que los estudiosos pueden sacar un excelente estudio. Por eso nos limitamos a esbozar el tema y dejarlo abierto porque tiene interesantes facetas y peculiaridades.

Y ahora vayamos con algunas prácticas, que no sé si llamar de brujería o de superchería, pues casi todas ellas se basaban en la ignorancia de los posibles clientes, en el miedo, en los bulos y en la picaresca de los practicantes.

Decíase que practicaban la brujería hasta hace tan solo treinta años, ciertas hermanas que tenían su domicilio entre las calles de Cleriguech y el callejón de la Duda (omitimos sus nombres porque existen descendientes), utilizaban el prohibido libro de "San Cipriano", mago muy famoso, creemos que nacido en Alejandría, y que, después de comprobar que su poder infernal nada podía contra el Sumo Hacedor, se convirtió al cristianismo y llegó a ser santo. El libro de San Cipriano es mundialmente conocido. Pero aquí, en la Hoya de Huesca, tuvo un singular predicamento y sus exconjuros muy temidos por los sencillos habitantes.

Dicen que lo utilizaba, con verdadero dominio de sus fórmulas infernales, la llamada "Bruja de Bentué". Su nombre también lo omito por las razones que anteriormente he dado. La bruja, viejísima, yo diría de edad indefinida, era muy temida por los habitantes de la Sierra y de la Sotonera, por la creencia en su capacidad para malventurar las mulas de las casas que ella condenaba, bien por su emplaz, bien por retorcidos encargos basados en la envidia o en la venganza. Cuenta la tradición oral que cuando murió quisieron arrojar el libro por la ventana estando ella de cuerpo presente y, tantas veces como fue arrojado, retrocedió desde el vacío hasta la habitación donde yacía el cadáver. Más tarde quisieron quemarlo y se mostró incombustible. Solo ardió cuando los restos de la finada recibieron sepultura.

Famoso también el "fantasma de Sagarillo", también conocido por "las almetas en pena del Salto del Roldán". Decíase que en las noches de invierno, sobre todo los viernes, pasaban las "almetas" volando a cierta altura camino de la tremenda grieta que en su fondo contiene el río Flumen. Dicen que acabaron con tan espeluznante espectáculo, con terrorífico tránsito, disparando los hombres sus escopetas cargadas con postas de cera bendecida. Quienes conozcan tan fragoroso lugar, pueden comprender que da motivo para cualquier leyenda que bien aprovechaban los propagadores de la superchería.

Naturalmente como dato sólo podemos aportar el recontamiento de generación a generación de tales casos, que carecen de todo fundamento y que bien pudieran ser aprovechados por los "espabilas" de turno, para que la gente recogida en casa desde hora de la noche, dejase el camino libre para que éstos desvalijasen a caminantes o se llevasen frutas y verduras de los huertos o ganado de la parideras.

Como caso concreto les relataré el habido por recomendación de la Bruja de Bentué de Rasal a una viuda de Plasencia del Monte, a la que en sueños se le aparecía su marido. Marido que, por lo murmurado, no gozaba de la fidelidad conyugal. Fue recomendada, como decimos, para que fuese a rezar el exorcismo de San Cipriano para librar a las personas de los malos espíritus, durante siete viernes y al sonar las doce de la noche, a las tapias del cementerio.

Exorcismo que, según contaron, tuvo un desenlace singular. Observó su vecino, hombre avisado y quizá uno de sus antiguos amantes, las misteriosas salidas de la viuda -por cierto aún de muy buen ver- y creyendo que acudía a otra cita de amoríos la siguió. Quienes conozcan el lugar de emplazamiento del cementerio de Plasencia sabrán de su tremenda pendiente en la cima del tozal de la "Gaberdola". Llegó una vez más, sudorosa, llorosa y angustiada la mujer y púsose de rodillas a decir sus oraciones y exconjueros apoyada en la tapia, justo enfrente donde estaba excavada la tumba de su difunto. No tardó el seguidor en percatarse de lo estrafalario de la oración.

Clamaba ella: "¡Ay Mariano, no me martirices más! Sal del purgatorio y perdóname porque te falté muchas menos veces de lo que la gente dice. ¡Dime lo que quieres que haga y asina lo feré!".

Y entonces el avisado seguidor que estaba al otro lado de la verja, le contestó con voz de ultratumba: "¡Mas te valdía ya que subes alcanzame unas cajetillas de tabaco picau y unos libritos!".

El susto pudo de tal manera con la atribulada mujer, que no esperaba en realidad respuesta alguna, que lanzóse a correr ladera abajo, rompiéndose un tobillo en la huída. A la vista del resultado decidió cambiar de consultor y de la Bruja Bentué marchó a Beatriz de Ayerbe, que esa sí, consiguió con su proverbial habilidad arreglar el desaguizado. Y es que una cosa era exconjurar y otra muy distinta mantener diálogo culpable con el más allá.

Una historia muy parecida se cuenta del pueblo de Aler, cerca de Benabarre. Aunque esta vez el tabaco fue llevado, desapareciendo todas las noches misteriosamente... en la pocha del alguacil que hacía las veces de enterrador y que una tarde que se retrasó en su faena de picar fuesas, oyó los rezos de la mujer. Aunque no pudo aprovechar toda la novena, ya que, por lengua larga, lo contó el aprovechado en el café y, corrida la noticia por el pueblo, llegó a oídos de la donante, que nunca más volvió a suministrar la popular picadura de tabaco. Además, cualquiera puede figurarse, que nadie en el

otro mundo y ya gozando de la paz eterna tuviese necesidad de fumar tabaco tan deleznable.

De lo que sí puedo dar noticia fidedigna, es de cómo curaba el famoso "Palomé" de Bolea el llamado mal de "malancolía", lo que hoy conocemos como "depresión". Sujetaban al enfermo en un sillón. Rapá banle el cabello. Más tarde el curandero abría en canal un palomo joven, en vivo. Un "palomé", como él decía y seguramente de allí su apodo. Y colocándolo abierto por las entrañas sobre el cerebro del enfermo lo mantenía de tal guisa hasta que el pobre animal quedaba yerto.

Especialista también en curar la "tiricia". Hacía tomar a los afectados un vaso de agua mezclado a partes iguales con aceite de oliva y miel. Después los enviaba al río para que viesen correr el agua entre las piedras durante días y días hasta que la enfermedad pasaba. Si la cosa no iba a más, con el tiempo y con la prohibición de tomar vino y bebidas alcohólicas se curaban de forma natural. Si era cirrosis, naturalmente, se acababan. Pero no estaba mal el alimentar con miel, el laxar con aceite las vías biliares y luego el reposo del cuerpo junto al río. Conseguía buenos resultados.

Bien, muchísimos más casos que van desde la medicina rural, en la que debemos incluir el famoso pegado de Castilsabás para los divioses o "Avrisperos", el jarabe de tur y brea para los resfriados, la miel con limón para la tos de garganta, los lavados de agua de manzanilla para el prurito del ano y de la vagina, las sanguijuelas para las congestiones de pecho y para los hipertensos, las sangrías y mil cosas más, que harían la lista interminable.

En las aborteras, la práctica de introducir la punta de un junco seco en el cuello de la matriz.

En supersticiones más o menos encubiertas, el "Asperjiar" los graneros con agua bendita para evitar las plagas.

Tantas y tantas cosas que darían tema para muchos folios, pero que yo sólo he pretendido pergeñar o muestrear porque creo que merecen la pena recordarlas. Luego, como apunté al principio, los estudiosos pueden tomar en ella punto de partida para su investigación. Más a fondo, con escrupulosidad.

Lo que yo, de una manera somera he relatado, son sólo unos detalles recogidos sin mayor rigor que el de dejar constancia de ellos. Precisamente porque sólo nos queda la tradición oral, que

al ir despoblándose los lugares se va cortando inexorablemente.

Tal vez así, recogidas de alguna manera, no se pierdan en el olvido y las generaciones venideras cuenten con el eslabón que enlace unas formas de vivir que ya se fueron con la vida actual.

Con esto podemos darnos por satisfechos.